

OPERACIÓN (ENCUBIERTA?)

Fernández abrió los ojos súbitamente y sus pupilas se dilataron en medio de la oscura noche. Sabía que había tenido una pesadilla, pero lo que lo aterraba era el hecho de saber que estaba despierto y no poder moverse. No era la primera vez que le sucedía y alguna vez vio en un documental que obedecía a una diferencia de sincronización luego de una desconexión entre el cerebro y el cuerpo que evitaba recrear físicamente los sueños y hacerse daño a sí mismo. Parpadeó un par de veces hasta que finalmente recuperó la movilidad y se sentó de un solo golpe en su cama. Respiraba agitado y sudaba. Pasó las manos por su rostro y se incorporó para ir al baño. Llevaba un par de semanas sufriendo de aquellas horribles pesadillas en las que se veía huyendo no sabía exactamente de qué o de quién, pero tenía claro que estaba estresado por el hecho de haber encontrado pruebas de un delito corporativo de grandes dimensiones. El problema era que su Supervisor le pidió guardar silencio al respecto y desde entonces no había sucedido nada.

–Alguien más está enterado de esto? –le preguntó su Supervisor no sin antes mirar hacia lado y lado, bajando la voz para evitar ser escuchado.

–No Señor. Es a Usted al primero al que he acudido siguiendo el conducto regular.

–Excelente. Usted es un buen empleado que cuida los intereses de la Compañía.

Fernández notó que por primera vez en tres años, su Jefe le había hecho un comentario positivo.

—Ni una palabra a nadie. Yo lo escalaré y será la Junta la que directamente tomará las acciones del caso. Con seguridad serán ellos quienes lo contacten en adelante. Por lo pronto esta conversación no ha tenido lugar.

Estaría él también implicado? Si fuera así, a quién más acudir? Necesitaba alejar esos pensamientos, de lo contrario no lograría conciliar el sueño y su cansancio ya estaba delatándolo. Se levantó descalzo y avanzó hasta la cocina sin encender luz alguna. Conocía su apartamento hace más de cinco años, por lo que andar a oscuras no representaba ningún problema para él. Se sirvió un vaso de agua y mientras bebía con ansias, alcanzó a ver unos puntos rojos que se movían en la pared del frente y luego líneas rojas que atravesaban el corredor hacia su alcoba. Fernández identificó esas luces con las que apuntaban en los estadios a los jugadores que cobraban los tiros desde el punto penal para hacerlos errar. Tardó en entender que esas luces no venían de la calle y de hecho no había ventana alguna por ese lado del apartamento. Sintió el viento helado en sus piernas y comprendió inmediatamente que la puerta había sido abierta.

Por instinto se agachó tras el mesón de la cocina y desde allí pudo ver las botas de quienes acababan de entrar a su casa, con fusiles de asalto y mira láser. Ladrones? Por supuesto que no. Ese no es el tipo de equipo para un robo o al menos eso intuía por las películas de acción que solía rentar. Pero qué hacían allí? Vio a dos sujetos acercarse hasta su cuarto y mientras uno cuidaba la entrada, el otro disparó una ráfaga contra la cama. No hubo mucho ruido. Silenciadores? Era esa la acción que había tomado la Junta acaso? No había tiempo que perder. Un profesional se asegura de que su trabajo haya quedado bien hecho y aquellas personas podrían ser todo menos unos amateurs.

Se levantó despacio sin hacer ruido y se dirigió despacio hacia la puerta de entrada justo al otro extremo del apartamento enfrente de la puerta de su alcoba, sin dejar de vigilar los movi-

mientos de los demás sujetos. De pronto giró su cabeza para atravesar la entrada y lo que vio lo dejó paralizado. Había otro sujeto vigilando hacia el pasillo de acceso a los apartamentos, pero el tipo estaba de espaldas, así que tampoco se había dado cuenta de su presencia. Su corazón latía velozmente y sentía que se le iba a salir del pecho. Por temor a hacer algún ruido, aguantó el aire, pero comenzó a marearse. ¿Qué hacer? No podría ocultarse y de hecho, al percatarse que su objetivo no estaba debajo de las cobijas, le darían la vuelta al apartamento hasta encontrarlo.

—No está aquí —dijo el sujeto que había entrado a su cuarto con voz apenas audible.

El sujeto que estaba al final del pasillo principal, a la entrada de su cuarto giró instintivamente hacia el otro extremo del apartamento, lo mismo que hizo el que vigilaba el corredor de acceso a los apartamentos del piso, pero con unos segundos de diferencia. Esto permitió a Fernández quien ya estaba a un paso del acceso principal, reaccionar y tomar con una mano la trompetilla del fusil del segundo sujeto y halarla hacia él sin apuntar directamente a su cuerpo, para tratar de alejarlo de la puerta mientras con la otra mano lo asía por los lentes que tenía puestos. La rápida reacción de Fernández tomó por sorpresa a su atacante quien perdió el equilibrio y quedó ubicado justo donde Fernández quería: entre él y el enemigo desde la puerta de su cuarto apuntaba contra ambos. El sujeto contra quién forcejeaba no tuvo otra reacción que presionar el gatillo e inmediatamente una ráfaga empezó a barrer todo a su paso. Como Fernández sujetaba el fusil por la trompetilla, sintió como el calor de la ráfaga quemaba su mano, pero no la soltó sabiendo que si lo hacía sería su fin.

El sujeto que estaba dentro del cuarto se cubrió tras uno de los muros de la alcoba, pero el otro que no se atrevía inicialmente a disparar por temor a herir a su compañero que luchaba cuerpo a cuerpo con el objetivo, fue alcanzado en una pierna por las ojivas

que ahora eran escupidas sin control desde el otro extremo del apartamento.

–Aaaargh –gritó mientras caía al suelo sentado, pero desde allí volvió a apuntar y esta vez sin dudas, comenzó a disparar en dirección de Fernández y su oponente con tal de neutralizar esa ráfaga descontrolada. Fernández logró usar a su oponente como escudo humano y sintió como el fuego enemigo impactaba en el cuerpo de su contrincante y de pronto el rostro de Fernández fue salpicado por la sangre de su escudo. Ambos salieron despedidos de espalda contra el corredor.

Fernández quedó sentado en el suelo de espalda contra la puerta del apartamento del frente, alcanzada también por las balas. El sujeto contra quien luchaba yacía inmóvil de espalda contra su pecho. Tomó correctamente el arma aún con el portafusil sujeto al cuerpo de su enemigo caído y comenzó a disparar hacia el frente sin mucha puntería como pudo darse cuenta cuando vio el marco de su puerta soltando astillas. Pero tuvo la suerte de impactar al oponente del otro extremo que disparaba sentado por la herida de su pierna, justo en la cabeza, situación de la que no se percató hasta que el arma con la que disparaba quedó descargada. La sangre del sujeto del frente salpicó la pared sobre la cual cerraba la puerta de su cuarto.

Justo entonces recordó que había otro sujeto dentro de su cuarto y sería cuestión de segundos para que se diera cuenta que no había más balas en el arma de su oponente, saliera y abriera fuego. Como pudo, Fernández movió el cuerpo inerte del primer batido y salió corriendo en dirección del ascensor, pues aparte de su mano abrasada por la trompetilla del fusil, no tenía ninguna herida al menos de gravedad. El tercer enemigo salió del cuarto y alcanzó a ver su objetivo huyendo en dirección del ascensor, y aunque hizo un par de disparos no acertó, pues ya se encontraba lejos del marco de la puerta. Observó el cadáver de su compañero tendido en la puerta del cuarto y aún sin entender que había

salido mal, vio a su otro compañero abatido en frente. Avanzó entonces corriendo hacia la puerta, pero sin conocer si su oponente se encontraba armado, se detuvo en el marco de la misma. —¿Qué acaso no era un sujeto de escritorio? —pensó.

Fernández presionaba el botón del ascensor insistentemente pero le pareció que el ascensor se demoraba subiendo más que nunca. Miró hacia atrás y vio como su verdugo sosteniendo el arma asomaba su cabeza desde su apartamento ahora destruido, con el arma apuntando en su dirección. Tuvo apenas tiempo para lanzarse a un lado donde otro corredor perpendicular al que conducía a su apartamento se abría paso. La puerta del ascensor estaba llena de agujeros pero él no tenía muestras de haber sido alcanzado por las balas. Se incorporó y recostó su espalda contra la pared. Tenía que salir de allí cuanto antes, pero no sabía hacia dónde dirigirse pues el pasillo comunicaba con otros apartamentos; era ciego y daba a una ventana. La puerta del ascensor se abrió. Había llegado al piso. Hubo unos segundos de silencio. Fernández tenía claro que si se dirigía al ascensor, su enemigo lo abatiría en el intento. Justo encima de él había un extintor contra incendios. Su mente maquinaba rápidamente un plan de escape. Tomó el extintor, le retiró el seguro y lo accionó en dirección del corredor que de su apartamento conducía al ascensor. El polvo químico creó una nube que impedía una visual clara.

—Hijo de.... —el enemigo no lo pensó dos veces y asumiendo que el objetivo había creado la distracción para meterse al ascensor comenzó a disparar indiscriminadamente hacia el final del pasillo sabiendo que la probabilidad de alcanzar a su oponente en la huida era alta. Se quedó sin munición y pese a que la nube creada por el polvo químico comenzaba a dispersarse, el polvo y las chispas desde dentro del ascensor aún dificultaban ver claramente. La puerta del ascensor comenzó entonces a cerrarse. El verdugo se retiró el portafusil para poder recargar su arma más fácilmente mientras avanzaba decidido hasta el ascensor. Presionó el botón repetidas veces, antes de que el ascensor se alejara

y las deterioradas puertas comenzaron a abrirse lentamente. El ascensor estaba lleno de humo lo que no le permitió ver inmediatamente algún cuerpo en el piso del mismo. No había nadie!

Un golpe fuerte y seco en sus brazos le confirmó lo que sus ojos le indicaban. Fernández lo había golpeado con el extintor fuertemente de arriba abajo para hacerle soltar el arma y lo había conseguido. Había logrado su cometido que consistía en hacerle creer que tras la cortina de humo generada por el extintor huiría por el ascensor, pero en vez de eso había permanecido quieto tras la pared, esperando la reacción de su enemigo. Una vez lo vio pasar, esperó el momento oportuno para usar el factor sorpresa.

—Arrgg! Maldito —dijo el asesino a sueldo. Pero aún no había acabado de asimilar la sorpresa cuando recibió otro golpe igual sobre su humanidad. Esta vez un hombro había recibido el impacto. ¿Dónde había quedado su arma? Encontró la respuesta cuando las puertas del ascensor terminaban por cerrarse nuevamente y alcanzó a ver la luz de la mira láser abriéndose camino entre el polvo. Tarde para recuperarla. En ese momento vio al objetivo levantando nuevamente el extintor para asestar el golpe definitivo, pero él era un profesional entrenado para el combate y Fernández no la iba a tener tan fácil. Con dificultad pero justo a tiempo se hizo a un lado y el extintor pasó derecho sin causarle daño. Fernández perdió el equilibrio al no haber encontrado a su oponente y este último aprovechando el impulso del primero, lo tomó de la camiseta y lo lanzó contra la pared del frente. Fernández soltó entonces el extintor que fue a parar varios metros adelante. Ahora la pelea sería justa ¿O tal vez no?

Fernández había quedado aturdido con su rostro mirando hacia la pared. Su oponente tenía un brazo inmovilizado a causa del golpe en el hombro pero mantenía la guardia en alto y lanzó una patada a la parte posterior de la rodilla izquierda de Fernández que lo hizo caer, quedando con esa rodilla apoyada en el suelo y al mirar por encima de su hombro izquierdo recibió un segundo

golpe, esta vez del puño del brazo sano de su verdugo, lanzado de arriba hacia abajo aprovechando la diferencia de alturas por la nueva posición adoptada por Fernández tras doblar la pierna en la que había recibido la patada.

–Peleas como una niñita –gritó el asesino a sueldo mientras sostenía la cabeza de Fernández por el cabello para propinarle un rodillazo en el rostro. Pero Fernández levantó rápidamente el codo golpeando a su oponente en la entrepierna y cuando este se agachaba presa del dolor, Fernández se incorporó asestándole un cabezazo de abajo hacia arriba en la mandíbula. Luego lanzó una patada al centro del pecho haciéndolo chocar de espalda contra la pared del frente. Sin embargo, cuando Fernández se lanzó a golpear a su oponente en el rostro, anunció visiblemente su movimiento y este último movió su cabeza ágilmente unos centímetros a la izquierda y Fernández estrelló su puño derecho contra la pared. El asesino propinó entonces un gancho con su brazo sano a las costillas de Fernández y un cabezazo a su ceja derecha por la que inmediatamente comenzó a brotar sangre y una vez más, la lucha estaba pareja.

Fernández comenzó a retroceder hacia el pasillo cerrado, pero en dirección contraria, trastrabilló y cayó al suelo cerca de donde se encontraba el extintor. El sujeto sacó entonces un cuchillo cuya funda reposaba al lado de su bota derecha y se abalanzó contra Fernández, quién alcanzó a levantar el extintor e interponerlo con los dos brazos entre el cuchillo de su atacante y su propio rostro. La hoja afilada se incrustó en el extintor y Fernández aprovechó que su atacante solo tenía un brazo sano, el mismo que sujetaba el cuchillo y bajando su brazo izquierdo y subiendo el derecho rápidamente desestabilizó a su rival y le propinó un golpe en el rostro con el extintor mientras arrancaba el cuchillo de su mano sana. Flexionó ambas rodillas y catapultó al asesino varios metros atrás.

Ambos se incorporaron rápidamente y Fernández lanzó el extintor, ahora con un elemento decorativo en él incrustado, con todas sus fuerzas contra su rival. Este volvió a anticipar su movimiento y se agachó esquivando el objeto, pero cuando alzó su cabeza, Fernández había seguido la trayectoria del extintor y el mismo se había lanzado contra su oponente para taclearlo. Este último no tuvo tiempo sino de agarrarse de Fernández para no caer de espaldas. Ahora los dos iban impulsados, Fernández hacia el frente pero con su cabeza empujando el pecho de su rival, y este último corriendo hacia atrás para no dejarse desestabilizar y caer al piso, por el pasillo ciego que terminaba en una ventana. De pronto ambos tropezaron con el extintor que estaba en el piso y juntos atravesaron el cristal que daba a la calle.

Ambos experimentaron la sensación de vacío mientras caían sin control cinco pisos abajo. Ninguno gritó pues el pánico los había dejado sin habla. Ambos se miraron a los ojos por última vez ya no con ira sino con impotencia ante lo inevitable. Un tremendo estruendo se escuchó en la calle seguido del maullido de un gato asustado y luego hubo silencio. Algunas luces de apartamentos del mismo edificio y de edificios vecinos se encendieron. Fernández recuperó el sentido y al tratar de incorporarse cayó un metro más. Se levantó justo al lado de un contenedor de basuras en cuya tapa reposaba el cuerpo inerte de su oponente con los ojos desorbitados, dirigidos al cielo estrellado y por su boca escurría un hilillo de sangre espesa. Ambos habían caído desde el quinto piso, pero Fernández tuvo la suerte de caer sobre su verdugo, quien había recibido todo el impacto y amortiguado su caída libre. Fernández tuvo una arcada y se inclinó para trasbocar. Había estado en shock y hasta ahora tenía la oportunidad de entender su situación y asustarse realmente.

Recuperó el aliento. Había una par de personas alrededor que desde la distancia veían la macabra escena. Pero por qué habían tratado de neutralizarlo? Estaba todo relacionado con sus hallazgos? De pronto, escuchó un chillido de llantas y por la avenida

que pasaba por el frente, avanzaba un auto a gran velocidad con las luces apagadas. Cuando ya estaba a menos de 20 metros, encendió las luces y se subió al andén, derribando una cerca decorativa que evitaba que los perros callejeros decoraran por su cuenta el antejardín del edificio. –La pesadilla no ha terminado – pensó e inmediatamente se lanzó a un costado para evitar ser arrollado y la camioneta (ahora podía identificar sus formas), chocó el contenedor arrojando el despojo mortal de su último enemigo abatido, por los aires. Los vecinos recién reaccionaban a lo sucedido y se escucharon gritos de horror.

Fernández reemprendió su huida mientras la camioneta retrocedía para perseguirlo. Él dobló la esquina y cuando la camioneta casi lo alcanzaba, él se escabulló por un corredor peatonal. Nuevamente un chillido de llantas, pero esta vez de frenos. Miró hacia atrás en medio de la carrera y pudo divisar una figura bajándose de la camioneta para perseguirlo a pie. La camioneta reemprendió la marcha, seguramente para cerrar el paso al otro lado de la manzana. Fernández corría a lo que su cuerpo le permitía. Estaba exhausto, respiraba con dificultad, ya con la boca completamente abierta, aun sabiendo que empeoraría las cosas. Sus pies descalzos le dolían pues con seguridad ya se había clavado un par de cristales y cualquier cantidad de partículas sólidas.

Cuando comenzaba a bajar la velocidad a causa de su agotamiento escuchó el silbido de las ojivas rasgando el aire.

–Mierda! –dijo mientras reemprendía la carrera. Qué nunca iba a acabar? En qué momento una operación de limpieza profesional se había convertido en una cacería a campo traviesa? Qué poder tenían o qué intereses mediaban para que no importaran los testigos?

Otra esquina. Perfecto. Eso le daría un par de minutos más de vida mientras pensaba cómo salir de la línea de fuego. No tenía

un plan claro, pues ni siquiera estaba seguro a donde conducía ese callejón. ¿y si no había salida? Sería su fin, pero no había tiempo de pensar en posibilidades. Se asombró de su instinto de supervivencia. Tres sujetos entraron a su apartamento a matarlo y los tres sujetos habían terminado muertos ¿Suerte? Tal vez pero no tenía planeado morir esa noche, no como una presa de caza. De pronto vio luz al final del callejón, era una avenida vehicular.

–Aucchh! –una bala le había rozado al lado del cuello y sintió como lo quemaba, pero aparentemente no estaba comprometido pues pudo seguir corriendo. Un último esfuerzo!

Cruzó la avenida sin mirar a los lados. Con visión periférica alcanzó a ver la camioneta que trataba de embestirlo aunque aún tenía tiempo de ponerse a salvo, pero justo en ese momento por el otro carril venía un tractocamión. Sin disminuir su velocidad, Fernández cerró los ojos y pasó por el frente de este, sintiendo como el inmenso vehículo casi rozaba su espalda y como el aire desplazado lo empujaba aún más hacia adelante. El conductor del tractocamión haló la cabrilla hacia su izquierda para evitar atropellar al loco que, entrada la madrugada, cruzaba la avenida en pantalones cortos y camiseta. Invadió el carril contrario y la camioneta a su vez se subió al andén para no colisionar con este.

Su perseguidor salió a la avenida y apuntó al objetivo, que tenía a escasos 10 metros. De esta no podía escaparse. De repente escuchó el pito del camión que se interpuso entre su arma y su objetivo quitándole la posibilidad de cerrar ese asunto.

–Maldita sea!

No acababa de aceptar su fracaso cuando una luz intensa iluminó su rostro. Desvió la mirada a su izquierda entrecerrando sus ojos para poder ver de dónde provenía. Entonces escuchó el chillido que emiten las llantas cuando se frena intempestivamente y en-

tendió lo que sucedía. Relajó su rostro y sus pupilas se achicaron a causa de la luz.

–Mierd...

Fue embestido de lleno por la camioneta que intentaba cerrar el paso al objetivo y su cuerpo voló unos 15 metros hasta impactar contra un poste que había en esa dirección. De victimario a víctima. El conductor bajó de la camioneta y dio un par de pasos en dirección a su compañero caído pero entonces escuchó el sonido de las sirenas y decidió volver a su vehículo y abandonar la escena.